

El paisaje rural pampeano: mucho más que alimentos

Federico Weyland, Alejandra Denise Auer, Lorena Paola Herrera y Mara De Rito

Resumen

Los paisajes rurales pampeanos se orientaron principalmente a la producción de alimentos, fibras y combustibles. Sin embargo, poseen un valor cultural asociado a la conservación de tradiciones locales, ambientes emblemáticos y oportunidades de recreación. En esta nota abordamos cuáles son algunos de esos valores, los cambios que los amenazan y las formas posibles de conservarlos.

¿Qué entendemos por el paisaje rural?

Cuando una persona mira a su alrededor percibe diferentes imágenes, sonidos y hasta aromas que pueden evocarle distintos sentimientos y recuerdos. Ese entorno es lo que se suele denominar “paisaje”, un concepto que, en las ciencias, fue desarrollado desde la geografía, aunque ya estaba presente en el arte desde el Romanticismo (s. XIX) e incluso antes. Más tarde, en el siglo XX, también fue adoptado por la ecología del paisaje, disciplina específica que lo estudia.

Según el Convenio Europeo del Paisaje celebrado en el año 2000, el paisaje puede ser entendido como “cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos”. Es decir, el paisaje es la dimensión

observable del territorio, que está compuesto por factores tangibles (por ejemplo, cultivos, estancias, sierras) e intangibles (por ejemplo, valores, costumbres, aromas) y que influye en y es influenciado por la sociedad.

La intervención humana sobre estos y el reemplazo de sus funciones naturales definen los tipos de paisajes en la actualidad. De esta manera, se distinguen algunos más “naturales” donde prevalece la cobertura original de una región (por ejemplo, bosques nativos), hasta otros más “artificiales”, como los urbanos caracterizados por las ciudades y las industrias. Entre ambos tipos podemos encontrar una diversidad de paisajes en función de la combinación de elementos naturales y la intervención humana como, por ejemplo, los rurales (**Fig. 1**).

Figura 1. Transformación de los paisajes por la acción del ser humano.



En los paisajes naturales, los procesos ecológicos, como el ciclado de nutrientes, son cumplidos por los seres vivos. A medida que se transforma la cobertura original y se la reemplaza por especies cultivadas, los procesos ecológicos se realizan en mayor medida con la ayuda humana por medio de insumos externos (combustibles fósiles). Por ejemplo, la transformación producida a través de la inoculación de cultivos con bacterias fijadoras de nitrógeno trae aparejada una disminución de la biodiversidad, no solo de la que es visible a nuestros ojos, como los animales y plantas, sino también de los microorganismos del suelo.



Figura 2. Ambientes y paisajes de la región pampeana de Argentina (fotos: M. De Rito, L. Herrera, P. Rodríguez, X. Sirimarco, F. Weyland).

En los paisajes rurales dominan las actividades agrícolas, ganaderas y forestales, intercaladas con ecosistemas naturales, como los pastizales, los bosques y los cuerpos de agua. Se trata de una extensión por lo general alejada de los centros urbanos, pero de fácil acceso y con muy pocos habitantes. En la actualidad, son muchos los casos en los que no existe una separación abrupta entre el paisaje rural y el urbano, sino que el crecimiento de las ciudades –periurbano- y las urbanizaciones dispersas, como los barrios cerrados, representan transiciones graduales en la interfase urbano-rural.

A su vez, esta interfase se caracteriza por un flujo urbano-rural en crecimiento, dado, por ejemplo, por productores agropecuarios que viven en la ciudad y van a trabajar a sus campos o productores que viven en el campo y van a la ciudad para realizar compras, atender su salud o escolarizar a sus hijos. También hay turistas que visitan los espacios rurales para protagonizar o participar de alguna fiesta tradicional o realizar actividades de ecoturismo-recreación. Esta dinámica caracteriza al paisaje rural, aunque varía en función de factores como la región, el clima, el tipo de producción y el sentido de conexión que tienen los habitantes



de la ciudad con las tradiciones del lugar y, en especial, con la naturaleza.

Las personas perciben los paisajes de manera diferente. Definen su vínculo y comportamiento en relación con ellos y, en este proceso, les otorgan un significado particular. Eso se debe a que la percepción se relaciona con las necesidades, preferencias y conocimientos de cada persona, dadas por la trayectoria de vida y los valores, sean individuales o compartidos por la comunidad. De allí que, al mirar un campo cultivado, algunas personas conciben el paisaje desde

un aspecto productivo, otras desde la inspiración para pintar un cuadro y otras guiadas por el recuerdo de sus antepasados. A su vez, algunas personas valorarán este paisaje como atractivo, mientras que otras como “poco natural”, ya que prefieren los ambientes menos intervenidos por los seres humanos.

La apreciación del paisaje se puede ver reflejada en expresiones artísticas. Por ejemplo, en el siguiente pasaje de la novela *Fuego en Casabindo*, del escritor argentino Héctor Tizón (1929-2012):

Aquí la tierra es dura y estéril; el cielo está más cerca que en ninguna otra parte y es azul y vacío. No llueve, pero cuando el cielo ruge su voz es aterradora, implacable, colérica. Sobre esta tierra, en donde es penoso respirar, la gente depende de muchos dioses.
(Tizón, 1972, p. 5)

En el fragmento se describe cómo las condiciones rigurosas de la región de la Puna configuran una forma de ser de sus pobladores, despertando en ellos sensaciones y sentimientos particulares. Los paisajes de la llanura pampeana, en cambio, inspiran otros sentimientos, como se expresa en esta cita de *Don Segundo Sombra*, novela de Ricardo Güiraldes (1886-1927):

Al caer la tarde después de haber andado unas 8 leguas por la misma pampa triste y haber comido



un resto de carne asada, que yo traía a los tientos, avistamos la gente de la población que hacía tiempo veníamos contemplado, gozosos por su verdor fresco. Allí siquiera había unos sauces, unos perros, un corralito y unos dueños de casa. (Güiraldes, 1926, p. 67)

Este otro pasaje del cuento “Mi madre andaba en la luz”, del escritor argentino Haroldo Conti (1925- desaparecido en 1976), también refleja las sensaciones que evoca el paisaje pampeano:

Le gustaba lo simple, sentarse debajo del corredor, por ejemplo, y oír el rumor de los pájaros que alborotaban entre los árboles, al caer la tarde, y el trueno lejano del tren que se atropellaba en el horizonte, y el trepidar de la cosechadora que, como un barco, navegaba majestuosamente los cuadros de trigo en diciembre o el golpe de la varilla del molino cuando, como ahora, sopla parejo el viento y la rueda gira a lo loco [...] (Conti, 1975, p. 256)

Los paisajes rurales y sus diversas funciones

Las características de los paisajes pueden hacerlos propicios para que los seres humanos realicemos diferentes actividades. Por ejemplo, los naturales suelen asociarse a la conservación de la biodiversidad, al disfrute estético y a la recreación; mientras que los rurales, a la producción de alimentos. Sin embargo, muchos de los paisajes naturales o poco modificados también están habitados por grupos humanos que han



evolucionado en estrecha relación con ellos y constituyen el sustento para su vida (por ejemplo, comunidades Wichis en el norte argentino). Asimismo, los paisajes rurales no solo producen alimentos, sino que también contienen una diversidad de especies que está muy vinculada a las tradiciones e identidad local (por ejemplo, el ñandú en la región pampeana). De igual manera, los paisajes rurales permiten recrearnos visualmente por su belleza estética, constituyendo una fuente de inspiración y tranquilidad que ayuda a calmar el ritmo acelerado que muchas personas llevan en la actualidad.

La región pampeana de Argentina es muchas veces percibida como empobrecida en su biodiversidad y cultura debido a los grandes cambios producidos por la intensificación agrícola. Aun así, encontramos paisajes de producciones agrícolas y ganaderas que, según la época del año, muestran diferentes colores, alturas y formas. En estrecha relación con estas áreas cultivadas se encuentran también otros elementos naturales del paisaje (**Fig. 2**). Las lagunas so-



meras pampeanas ofrecen oportunidades de recreación y son hábitat para una gran cantidad de especies de aves. También vemos, en algunas zonas, el telón de fondo de las sierras que permiten recrear la vista o sacar fotos de un hermoso atardecer desde

allí arriba. Estas sierras contienen numerosas especies características, e incluso una lagartija endémica (*Liolaemus tandiliensis*), lo que les otorga un gran valor de conservación. Si bien la vegetación original de esta región es predominantemente un pastizal, en algunas zonas podemos encontrar bosques nativos de Tala (*Celtis erhenbergiana*).

El paisaje rural pampeano ha modelado una forma de vinculación de las personas con la tierra que se plasma en la cultura y las tradiciones locales, valorando también los elementos naturales. En un estudio recientemente elaborado por las autoras de esta nota, se evaluó la percepción de las sierras de Tandilia (sudeste de la Provincia de Buenos Aires) por parte de los productores rurales. Los resultados mostraron que algunos de ellos, que cuentan con sierras dentro de los límites de sus establecimientos, no solo reconocen beneficios productivos de estos elementos singulares del paisaje pampeano, sino que también los valoran por su belleza, por la paz que emana de ellos, por la posibilidad de realizar actividades de re-



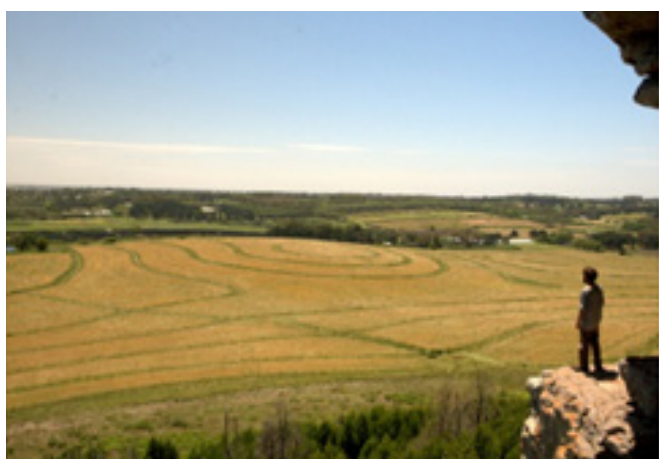
creación, y por ser ambientes que funcionan como reservorio de la biodiversidad. Por ejemplo, un productor entrevistado dijo: “Soy un amante de la naturaleza, me gusta este paisaje, me llena la vida encontrar mi espíritu y a Dios en ese lugar. Son

parte de mí las sierras de mi campo”. Otro de los productores aseguró: “Las sierras aumentan la biodiversidad, la belleza que tienen...el contacto con la naturaleza que nos dan, el valor espiritual”.

Sin embargo, otros productores participantes del mismo estudio se refirieron a las sierras como espacios improductivos, en relación con los suelos pedregosos y las pendientes que imposibilitan el cultivo agrícola, y la presencia de especies con baja calidad forrajera como la paja colorada (*Paspalum quadrifarium*). En este sentido, uno de los entrevistados comentó:

Las sierras son un desperdicio, todos los años intento ganarles terreno, donde veo un hueco entre las piedras planto un árbol, así tengo ingresos al menos desde las forestaciones. Por suerte ya volví productivas varias hectáreas de sierra con esto.

Por otra parte, los productores no son los únicos beneficiarios de los valores culturales que ofrece el paisaje rural pampeano. Pobladores locales –e incluso de otros países– visitan estas tierras en busca de conocer el ambiente y las tradiciones del lugar. En otra investigación, también realizada por las autoras de este artículo, se mostró la importancia del espacio rural para la identidad local, el sentido de pertenencia y la herencia cultural de la población de Balcarce (provincia de Buenos Aires), una localidad emplazada en un entorno serrano. Una pobladora comentó:



Una tarde de verano tomar un matecito y escuchar el zorzal que te canta. Eso para mí es un placer. Vivimos en una zona privilegiada, es muy bello, siempre descubrí algo nuevo. Las sierras, el parque que es tan bello, la naturaleza, la paz que te da estar bajo un árbol y ver el agua correr.

Los habitantes de la zona también reconocen la vinculación del paisaje con las tradiciones, como lo expresó un técnico rural de allí:

Es bueno que se mantengan estas tradiciones porque uno puede llegar a entender cómo era la realidad rural de antes. El paisaje en sí tiene que ser algo a conservar, en general todo, la estructura del paisaje, la calidad del agua de los arroyos o zonas linderas, las lagunas, las sierras y el acceso a las sierras.

La demanda de oportunidades de recreación por parte de locales y visitantes puede ser satisfecha por los productores que diversifican su actividad mediante el turismo rural. Un relevamiento entre turistas rurales del sudeste bonaerense reveló que las principales motivaciones para practicarlo son el contacto con la naturaleza, conocer la historia y las tradiciones locales, observar la vida silvestre y salir de la ciudad (**Fig. 3**). Los ambientes preferidos para estas actividades son principalmente los naturales y semi-naturales dentro de los campos: arboledas, sierras, arroyos y pasturas. Estos, a su vez, son los que contienen mayor diversidad de especies, mostrando una sinergia entre la valoración para recreación y la conservación de la biodiversidad en los espacios rurales.



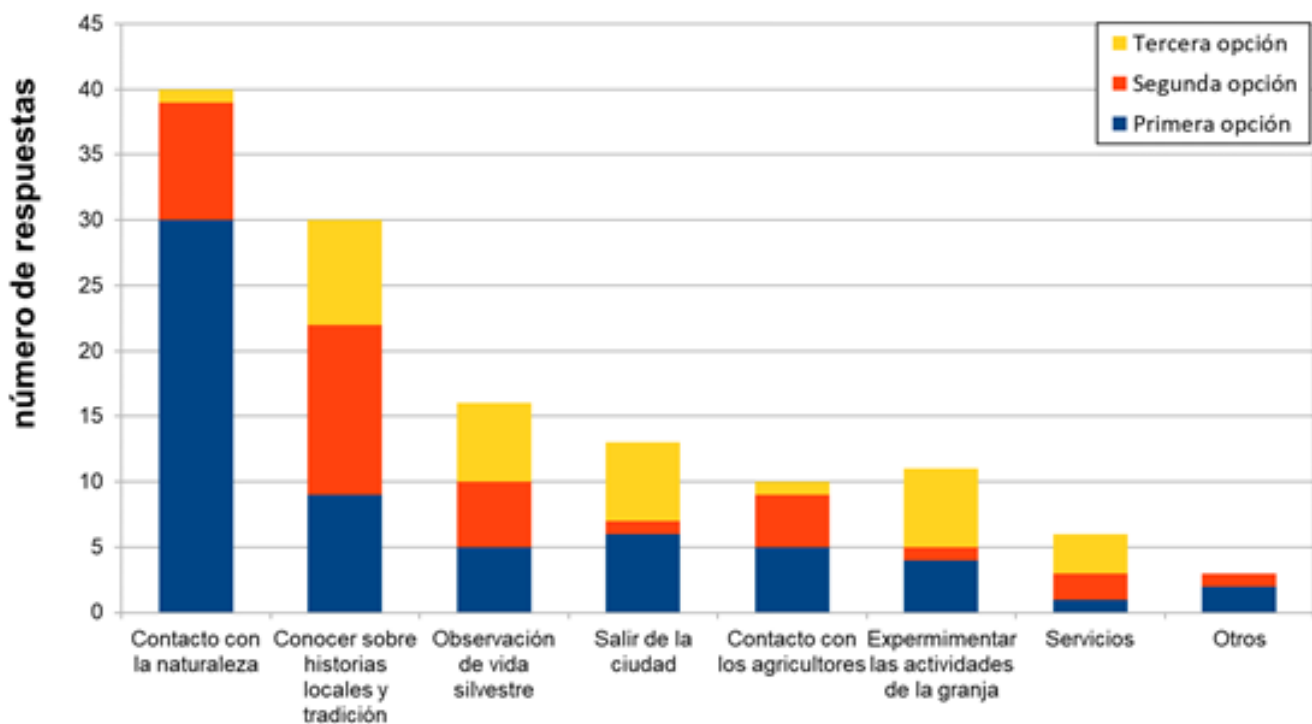


Figura 3. Motivos por los cuales turistas rurales del sudeste bonaerense visitan establecimientos agropecuarios. Las respuestas se basan en una encuesta a cuarenta y dos turistas.

Desafíos para integrar los valores culturales en la toma de decisiones

Los beneficios del paisaje rural a los cuales se les otorga un valor de uso directo (por ejemplo: alimentos, fibras y combustibles) pueden traducirse en un valor monetario, lo que facilita que se incorporen a la toma de decisiones. En cambio, los valores culturales, debido a su intangibilidad, subjetividad y difícil cuantificación en términos biofísicos o monetarios, suelen quedar relegados.

Algunos estudios recientes realizados en el sudeste bonaerense muestran que el avance e intensificación de la actividad agropecuaria, sumado al despoblamiento rural, generaron una pérdida de algunos de los atributos del paisaje rural asociados a los valores culturales correspondientes al pampeano. Por ejemplo, la homogeneización del paisaje a partir de la menor diversidad de cultivos, la segregación de la ganadería hacia áreas marginales, la migración rural-urbana, entre otros, llevó a una pérdida o dis-

minución de fiestas tradicionales, como las carnadas y bailes de campo, o del estilo de vida “rural”, en las que se compartían y transmitían dichos valores.

El reconocimiento y la valoración de la diversidad y cultura del paisaje rural pampeano permitirían fortalecer la búsqueda de una producción de alimentos que generase relaciones de sinergia con la conservación de la biodiversidad, la preservación de la herencia cultural y la apreciación de sus aspectos estéticos. Sin embargo, este objetivo no está exento de conflictos de interés que es necesario visibilizar y resolver.

Dado que los paisajes rurales pampeanos están en su mayor superficie bajo propiedad y gestión privada, muchos productores no admiten que las personas ingresen a sus campos. Esto responde principalmente al temor por accidentes, inseguridad y descuidos de los visitantes que puedan generar basura o incendios. Por este motivo, el acceso a áreas como lagunas, arroyos o sierras por

parte de las personas se ve limitado. Es por eso que surgen conflictos entre distintos actores sociales y los paisajes rurales se transforman en territorios en disputa.

Además de lo mencionado, en muchos casos, los habitantes de la región que viven en las ciudades van perdiendo el vínculo con la naturaleza de la cual son parte y los valores culturales que hacen a su identidad. Este alejamiento afecta el conocimiento que las personas tienen de su entorno, su percepción y, en consecuencia, su valoración y cuidado.

Es necesario, entonces, fortalecer los espacios de participación ciudadana, ya que, hacer explícitos los valores e intereses sobre el paisaje rural de los diferentes grupos sociales, permite la clarificación de los conflictos y, por tanto, una mejor aproximación para su

resolución. Para ello, es fundamental la participación de los distintos actores sociales en la identificación y valoración de los atributos biofísicos de la naturaleza y el carácter cultural del paisaje rural.


En este sentido, se desarrollaron algunas experiencias participativas en la región. Entre ellas, se pueden mencionar la implementación de planes de desarrollo territorial de distintos partidos de la provincia de Buenos Aires (por ejemplo, Tandil), la creación de reservas naturales privadas (por ejemplo, Estancia Paititi en General Pueyrredon), y el proyecto de un Geoparque en el partido de Balcarce. En estas propuestas, los municipios, investigadores de distintas universidades nacionales y vecinos trabajan en forma colaborativa para la sanción de ordenanzas y el establecimiento de las pautas de gestión sostenible.


Referencias bibliográficas


- Auer, A. y Weyland, F. (2017). El valor cultural del paisaje rural. *Visión Rural*, N°118:27-30.
- Conti, H. (1975). *Mi madre andaba en la luz*. En *Cuentos Completos*, Buenos Aires, Editorial Emecé
- De Rito, M., Auer, A., Mikkelsen, C., Herrera, L. (2020). ¿Cómo perciben las sierras los productores agropecuarios del sistema de Tandilia?, *Visión Rural*, N°134:51-54.
- Güiraldes, R. (1926) *Don Segundo Sombra*. Buenos Aires, Terramar Ediciones.
- Herrera, L.P., Montti, L., Sabatino, M. y De Rito, M. (2019). El sistema serrano de Tandilia: Un tesoro geológico, ecológico y cultural. *CienciaHoy*, 163:44-50.
- Tizón, H. (1972). *Fuego en Casabindo*. Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Weyland, F., Poggio, S.L. y Ghera, C.M. (2008). Agricultura y Biodiversidad. *CienciaHoy*, 106: 27-38.

Autores

 **Federico Weyland** es licenciado en Cs Biológicas y doctor en Cs Agronómicas (UBA). Es Investigador asistente de CONICET con lugar de trabajo en la Fac de Cs Agrarias (UNMdP). Su trabajo se vincula a la conservación de la biodiversidad en paisajes rurales pampeanos, incluyendo ambientes no cultivados dentro de establecimientos y al estudio de los servicios ecosistémicos culturales.
fweyland@agro.uba.ar

 **Alejandra Denise Auer** es licenciada en Administración (UBA), magister en Auditoria y estudios de impacto ambiental (U de Barcelona) y doctora en Cs Agrarias (UNMdP). Es Investigadora asistente del CONICET y docente en la Fac de Cs Económicas y Sociales (UNMdP). Sus temas de trabajo son la valoración social de los servicios ecosistémicos y la toma de decisiones de los productores agropecuarios con respecto a la realización de prácticas sustentables.
auer.alejandra@conicet.gov.ar

 **Lorena Paola Herrera** es bióloga (UNMdP). Es Investigadora adjunta del CONICET. Su interés se centra en la conservación de la naturaleza, específicamente en el estudio de la conectividad socio-ecológica del paisaje en la región Pampeana de Argentina.
lherrera@mdp.edu.ar

 **Mara De Rito** es bióloga y doctora en Cs Agrarias (UNMdP). Es adscripta a la investigación en el Grupo de Estudios de Población y Territorio (GESPyT), Fac de Humanidades (UNMdP). Sus intereses son la conservación de la biodiversidad y los estudios sobre la percepción de tomadores de decisiones.

Los autores integran el Grupo de Estudio de Agroecosistemas y Paisajes Rurales (*GEAP, UNMdP - CONICET*)